

# Las elegidas

ALFAGUARA



Jorge Volpi

Las elegidas

Primera edición: enero de 2016

© 2015, Jorge Volpi

© 2016, de la edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.  
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada,  
delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520, México, D. F.

© 2016, de la presente edición:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué

©Imagen de cubierta: fotograma de Las elegidas, cortesía de Canana



Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-2048-6

Depósito legal: B-25895-2015

Impreso en BookPrint Digital, S. A. Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

AL 2 0 4 8 6

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Rocío,  
quien me contó esta historia tlaxcalteca*

Y aconteció que cuando estaba para entrar en Egipto, [Abram] dijo a Sarai su mujer: he aquí, ahora conozco que eres mujer de hermoso aspecto; y, cuando te vean los egipcios, dirán: su mujer es; y me matarán a mí, y a ti te reservarán la vida. Ahora, pues, di que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y viva mi alma por causa de ti. Y aconteció que cuando entró Abram en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era hermosa en gran manera. También la vieron los príncipes de Faraón, y la alabaron delante de él; y fue llevada la mujer a casa de Faraón. E hizo bien a Abram por causa de ella; y él tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, criadas, asnas y camellos.

*GÉNESIS, 12: 11-16*

# I. La tierra prometida

1

En el principio dios creó los cielos y la tierra  
y la tierra era desordenada y hueca  
y la luz se abría sobre la faz del abismo  
y el espíritu de dios se movía sobre la faz  
de las aguas  
y dijo dios sea la luz  
y fue la luz.

Una luz blanca, arrolladora,  
sobre un cielo infecundo  
sin apenas nubes.

Donde el sol desmadeja la tierra estéril  
el horizonte emerge como una cicatriz  
o una frontera,  
aquí y allá brotan matojos desplumados  
por la resolana,  
piedras renegridas, surcos yermos.

Una coralillo asfixia la estrechez de una roca:  
dos alacranes se encabritan,  
los espolones en ristre.

Y encima de ellos  
la luz.

2

*Y al final el Chino suplicó:  
no, por tu madrecita santa  
—en su boca un maullido y el maullido  
    llanto árido—,  
Lobato lo oteaba con sus pupilas amarillas  
como se otea una tepocata.*

*El Chino pedía clemencia  
mientras el Víbora y el Mayo le rociaban  
los sobacos, las ingles, el lomo, los cojones,  
Lobato ni oía sus gañidos,  
la llama aprisionada en su puño con ternura.*

*Un culatazo en la mandíbula  
y el Chino no bramó más,  
la lengua untada a la garganta.*

*Y fue así como la llama en manos de Lobato  
se le desparramó al Chino con su cólera  
y pintó sus sobacos, sus ingles, su lomo, sus cojones  
con el amarillo del desierto.*

3

LETANÍA DE ROSITA A LA MUJER POLICÍA

me dijo lárgate con ese señor de dientes anchos no temas él te conducirá con la Andrea tu prima en el gabacho te irá rete bien allá en el gabacho ahorrarás harto luego volverás o te quedarás allá con tu prima o con un gringo que te escoja por bonita por dulce por sumisa así me ordenó acompañar a ese señor de dientes anchos un bato igualito a mis hermanos a mis primos a mi padre fuiste elegida Rosita así me dijo y yo me sosegué y seguí a ese señor y apenas tuve miedo

4

... si fijas la mirada allá, muy abajito, distinguirás el pueblo en miniatura, las techumbres de lámina y asbesto, ¿ya las viste?, las bardas con las garigolas de las bandas, la arenisca y el chapopote diseminados por las calles, mira bien, como si te alzaras en globo aerostático y se te vinieran encima las casuchas idénticas a las que poblaban esa maqueta con ferrocarriles a escala que armabas cuando niño, sólo que aquí hace siglos que no hay ferrocarriles —ni juguetes—, ahora otea para allá, hacia ese edificio cuadrangular con el patio hundido bajo la resolana, desciende lento y contemplarás a las morritas que brotan apiñadas de la escuela, míralas con sus faldas tableadas, sus blusas blancas, sus suéteres verde bandera, sus coletas, sus carcajadas, mira cómo salen de la escuela dizque a comprar quesadillas, jícamas con chile, gansitos, cazares, papas con valentina, míralas qué sanas, qué robustas, desciende un poco para que avistes sus caderas y sus cinturitas mientras brincan al resorte, manotean por la avenida, se alocan con los galanes de las telenovelas, atisba sus pechitos redondeados, sus pieles café con leche, imagínalas mientras juegan a la roña y se exhiben ante

---

sus compañeros —y ante los varones que como tú las saborean—, tantas morritas en flor, tantas, listas para que te pavonees enfrente de ellas, para que las esculques y las tientes, para que elijas a una, la más dulce, la más bonita, la más tierna, y te la llesves lejos, muy lejos, a la tierra de la leche y la miel...

5

Con su voz canalla el anciano le dice:  
lárgate de aquí,  
                    lárgate cuanto antes,  
                                    lárgate mientras puedas.

El Chino no distingue sus manos huesudas,  
                    su cráneo pelado, sus ojillos glaucos,  
su nariz de gancho, sus arrugas correosas,  
                    sus encías de huitlacoche,  
lo marea en cambio su olor a estiércol y  
                    trementina  
—su olor a eterno—  
y se echa de hinojos,  
la cabeza gacha, el sombrero en las manos,  
temeroso de su ira.

Y el anciano le dice:  
nada hay para ti en esta tierra.

El Chino asiente,  
apenas se arrojó con la Salvina  
y a la Salvina le gusta merendar  
con sus hermanas.

Lárgate, truenas el anciano  
y el Chino musita:  
cumpliré con tu palabra, mi señor,  
haré como tú mandas.

6

Estos son los nombres de los familiares del Chino  
y la Salvina  
que se largaron de Tenancingo,  
muy quedito,  
camino de la tierra de la leche y la miel:

Luciano, primo del Chino, y su mujer, la Inés,  
la Rosario y la Estrella, hijas de los anteriores,  
el Mayo, sobrino del Chino,  
y el Víbora, su compadre,  
y la hermana del Mayo, la Evelia.

Al llegar al norte se detuvieron en las lindes  
de la anchura,  
donde los aguardaba un pollero de ojos desorbitados  
que dijo llamarse el Gato,  
el Chino y el Gato acordaron una suma  
y la familia del Chino siguió al pollero  
hasta un camión de redilas con media sandía  
en el costado.

El Gato les dijo súbanse ya,  
y la Salvina y la Inés, la Estrella y la Rosario,  
Luciano y la Evelia, el Víbora y el Mayo,

y por fin el mismo Chino,  
fueron deglutidos en sus vísceras.

Apelmazados en el muladar portátil,  
otros ciegos fantasmas sudorosos  
ansiaban cruzar las aguas como ellos  
en voz baja.

El Gato atascó la puerta y la tiniebla se tornó  
más húmeda, más torva:  
los fugitivos hacinados  
rumbo a la tierra de la leche y la miel.

7

No te enteras,  
Chino,  
las viejas  
te mangonean  
y tú ni en cuenta,  
la Salvina una serpiente,  
su familia de arañas,  
y ni hablar de tus sobrinas,  
trátalas como se merecen,  
para eso las tienes,  
para eso son tuyas,  
Chino,  
son tu única riqueza.

8

Cuando al fin se apearon el Chino le dijo  
a la Salvina:  
ahora sé que eres hembra de buen aspecto,  
cuando te vean los de estos lares dirán  
su mujer es  
y me matarán a mí y te reservarán a ti la vida,  
di pues que eres mi hermana,  
así me irá bien por causa tuya  
y mi alma vivirá por causa tuya.

Y he aquí que los habitantes de esos lares  
constataron que la Salvina era hermosa  
en gran manera,  
alzaron ante ellos sus fuscas y picanas  
y la arrastraron frente al Gringo.

Era el Gringo un varón desvaído y mantecoso,  
como suelen ser los varones de estas tierras,  
que mascaba el ladino como si se le aguasen  
las palabras.

¿Tu mujer?,  
no, patrón,  
mintió el Chino, mi hermana.